

preciso, pues, que la virtud se aumente y se purifique con estas públicas obligaciones de misericordia; que nuestras imperfecciones hallen en ellas su remedio, y que cada obra santa sirva de debilitar en nosotros alguna de nuestras pasiones: Es decir, Señoras, que para participar del espíritu de la fe en la práctica de las obras de caridad, es necesario antes de empeñarse en ellas, poner nuestra alma en nuestras manos, contemplarla á los pies de Jesu-Christo, y examinar en su presencia, con la luz de su gracia, quales son aún nuestras desordenadas inclinaciones, y elegir los oficios de misericordia que las son mas opuestos, y que parecen mas á proposito para desarraygarlas de nuestro corazon.

Y así, si aún gustais del mundo, de los placeres, de las distracciones del juego, y de las concurrencias, preferid las obras que mas os separen de estas cosas, y que mas á menudo os encierren en la oracion, en el silencio, y en el retiro. Si sois naturalmente tan inclinadas al regalo, y á la ociosidad, que en esto no os podeis vencer; si vuestra virtud consiste solamente en un natural retiro del bullicio, y de las agitaciones del mundo, que no os gustan, y en una vida mas tranquila y ociosa, que la que regularmente se vive en el siglo, entonces os corresponden las obras mas difíciles y mas penosas de misericordia, los cuidados mas fastidiosos, y las miserias mas asquerosas. Amáis en la virtud lo que brilla, lo que distingue, lo que llama la atencion del público; elegid las obras mas obscuras, las que mas os confundan con el pueblo, las mas expuestas á la burla de los locos; dejad para otros el primer puesto, y todo el honor de las grandes empresas de piedad, y reservad para vosotras los cuidados, y las fatigas; caeis con frecuencia en las mismas impaciencias; todo os enfada, todo os altera, y desacreditais la virtud en el juicio de los que os tratan con flaquezas que son propias vuestras; escoged aquellas obras

en

en que se necesita de mas agrado, de mas paciencia, de ser responsables á los sabios y á los necios, y aún de sufrir las quejas, los enfados, los genios, y aún los ultrages de aquellos mismos á quienes seisocorre. Experimentais unos injustos desvios, y unas secretas antipatías, en las quales sois demasiado indulgentes con vuestro corazon, limitando casi toda vuestra virtud á huir de lo que no podeis amar; buscad las obras que os junten y os proporcionen nuevas conexiones con las personas que por su sola piedad debierais amar, y acostumbraos así vuestros corazones á que vean con gusto lo que deben amar sin ficcion. Finalmente, haced de vuestras obras de misericordia los ejercicios de las virtudes que os faltan.

Zachéo despues de haber reparado sus injusticias, hizo abundantes liberalidades, y su misma casa sirvió de asilo á su libertador: ¿pero qué intentaba con estas profusiones? acabar de apagar en su corazon aquella insaciable sed de riquezas que hasta entonces le habia tiranizado, y que no se apaga de repente. La Magdalena derramó perfumes, y limpió con sus cabellos los Sagrados pies de su Maestro, y era porque sin duda sentia aún algunas reliquias de apego á los deplorables instrumentos de sus vanidades y placeres, y se daba priesa su amor á perfeccionar el Sacrificio. Las mugeres de los Israelitas ofrecieron para la construccion del Tabernaculo lo mas precioso que tenían; pero era porque aquellos despojos de Pharaón con que las habia adornado el Señor, servian de escollo á su flaqueza, y las hacian aún echar menos continuamente la pompa y los tesoros de Egypto.

Las obras exteriores de la piedad solamente son santas, Señoras, quando nos santifican, y solo nos santifican en quanto nos corrigen: Porque si Jesu-Christo es el fin de la ley, todas las obligaciones que esta nos impone solo se dirigen á formar á Jesu-Christo dentro de nosotros mismos; debe, pues, el cumplimiento de cada

pre-

precepto añadir como un nuevo rasgo á este hombre espiritual; nuestras obras solo se cuentan por los progresos de esta divina obra; si esta no crece, en vano vestimos, visitamos, y consolamos á nuestros hermanos; nada hacemos en la presencia de Dios, porque él solo mira en nosotros la semejanza con su Hijo, y solo en Jesu-Christo somos dignos de que nos mire; lo que no perfecciona esta semejanza, nada añade á nuestro merito: Jesu-Christo, pues, solo crece en nosotros sobre las ruinas del viejo Adán; es preciso que el uno se disminuya para que el otro crezca; solamente lo que mortifica las inclinaciones de la carne aumenta la vida del espíritu; solamente lo que contradice á la naturaleza corrompida conduce á la perfeccion del ser Christiano; solamente lo que debilita aquellas infinitas inclinaciones, que aún se oponen en nosotros á la ley de Dios, dá nuevas fuerzas á las inclinaciones de la gracia; casi todo es Sacrificio en la vida del Christiano, Señoras, porque este vive de la fé, y todo quanto nace de la fé cuesta violencia, porque siempre se opone á la vista de los sentidos: Por eso las obras de misericordia deben ser como sacrificios diarios del alma fiel. El mismo Apostol no las dá otro nombre; con tales sacrificios, dice exortando á los fieles á los piadosos oficios de caridad para con sus hermanos, nos hacemos á Dios favorable: *Talibus enim hostis promeretur Deus.* (a)

A esta regla de piedad se falta de dos modos: Primeramente; entre las obras de misericordia casi siempre escogemos las mas conformes á nuestro gusto, á nuestro genio, y á nuestras inclinaciones; el que es vivo, activo, eficaz, enemigo del reposo, del recogimiento, y del retiro, se mezcla en todos los ejercicios de piedad; en todo quiere tener parte, abraza toda especie de cui-

(a) Heb. 13. v. 16.

dados, no vive para sí ni un solo instante, sin advertir que necesita retirarse en su interior mas á menudo, puesto á los pies de Jesu Christo para reparar allí las pérdidas, inseparables de los ministerios exteriores, y renovar las fuerzas que no dexan de debilitarse aun con las mas santas ocupaciones.

El que nació con un corazon compasivo y misericordioso gusta de aliviar á los que padecen, con una compasion absolutamente humana; el que es de un natural melancolico, austero, é imperioso, abraza los ministerios que le colocan sobre los demás, y que le hacen arbitro de su conducta, proporcionando al amor propio ocasion de satisfacer esta inclinacion natural que tiene de corregir y reprehender; el que tiene inclinacion á una obra, ó á un ejercicio, es insensible á todos los demás. Finalmente, por no molestar, si nos examinamos de cerca, veremos que nuestras desordenadas inclinaciones nunca padecen en estos religiosos ejercicios; que hasta en la piedad huimos de lo que nos desagrade y molesta; que no hacemos mas que nuestro gusto, aun quando pensamos que nos ejercitamos en obras de salud; y que no somos mas que hombres, aun quando juzgamos que somos Christianos.

No quiero decir que debamos resistir á las inclinaciones de nuestra alma ácia la misericordia, ni que no merezcamos en estas piadosas ocupaciones, quando cumplimos con ellas sin repugnancia. No, Señoras, la fé sabe hacer que la naturaleza sirva á la gracia, y estas favorables disposiciones para la virtud, con que nacemos, son dones del Criador, los que en los designios de su misericordia para con nosotros deben ser como las primicias de nuestra santificacion. Pero es menester que cuidemos de no ceñir á esto todos nuestros esfuerzos; la piedad pasa mas allá de la naturaleza. Bien puede seguirse todo lo que nos inspiran nuestras inclinaciones quando es laudable, pero si parais aqui, nada habeis he-

cho, aun estais al principio del camino, porque este es aspero y difícil, y por muy felices que sean vuestras inclinaciones, nunca pasareis mas adelante mientras no hagais mas que obedecerlas y seguirlas: Con todo eso en solo el temperamento consiste casi toda la virtud de la mayor parte de los que hacen profesion de seguirlas. La regla, pues, es que los oficios exteriores de piedad, que nos dexan siempre tan sensuales, tan poco mortificados, y tan imperfectos como antes, solo tienen la apariencia, y no pueden tener la fuerza de la virtud.

Aun es mas culpable el segundo modo con que violamos esta regla. No solamente nos ceñimos á una virtud puramente natural, y escogemos entre las obras de misericordia aquellas que nada cuestan al amor propio, y nunca enmiendan nuestras flaquezas, sino que muchas veces suelen servir estas obras para mantenernos en ellas.

Efectivamente, ¡ cuántas de estas almas engañadas, en medio de una vida mundana, profana, y sensual, viven tranquilas, fiadas en algunos ejercicios de misericordia, y en la abundancia de sus liberalidades? Son como aquellas doncellas de Tyro, de quienes habla el Profeta, que viviendo en la infidelidad creían aplacar la justicia del gran Rey, mezclando con sus deleites algunos piadosos oficios de caridad, y el merito de algunas liberalidades y ofrendas: *Filiæ Tyri in muneribus vultura tuum deprecabuntur.* (a) Vivimos persuadidos á que la misericordia lo suple todo: Que la oracion, el retiro, la negacion de sí mismo, el aborrecimiento del mundo, el huir de los placeres, el guardar los sentidos, y todas las mas inviolables máximas de la vida Christiana son obligaciones que pueden rescatare, por decirlo así, á precio de dinero: Que la fé conoce este genero de compensaciones, y que una ociosidad misericordiosa

(a) Psalm. 44. v. 13.

no será distinguida de la virtud, y de la justicia. Pero ¡ó Dios mio! ¡Qué suave sería vuestra Cruz! ¡Qué favorable sería vuestra doctrina á los sentidos! ¡Qué facil sería el camino que conduce á la vida! ¡Y cómo sería la corona de la inmortalidad un premio prometido á cortos trabajos, si para obtenerla no se necesitara mas que de algunas liberalidades, en que nuestros placeres, nuestras pasiones, nuestro luxo, y nuestra sensualidad nada padecen.

Pero, Señoras, Dios no necesita de nuestros bienes, lo que pide es nuestro corazon. Es verdad que la misericordia ayuda á expiar los delitos de que nos arrepentimos, pero no justifica los que amamos; bien sé que es el socorro de la penitencia, pero no es excusa de la sensualidad; la fé nos enseña que suple á los débiles esfuerzos del pecador que se convierte á Dios, pero no pone en seguridad al alma mundana que reusa el convertirse á él; en una palabra, es el fruto de la virtud, pero no el remedio del vicio; y lo que en este caso hay mas digno de lastima es, que unas costumbres que nos parecerian peligrosas, si no estuvieran acompañadas de algunos oficios de piedad, pierden á nuestra vista todas las dudas y peligros luego que están defendidas con estas obras exteriores: Y si alguna vez, ó por oír las verdades eternas, ó por alguna gracia mas eficaz se turba esta paz falsa, y se excitan temores en la conciencia, entonces la desnudez cubierta, el hambre socorrida, la miseria consolada, y la inocencia protegida, se presentan al instante á la memoria, y calman esta feliz borrasca. Estas son las señales de paz que disipan al instante nuestros sustos; este es aquel arco engañador de que habla el Profeta: *Arcus dolosus*, (a) del que en medio de los nublados y felices tempestades que el dedo de Dios

(a) Oseas 7. v. 16.

empezaba á mover en el corazon, sale á prometernos una falsa serenidad, y apartar de nuestro espíritu la imagen presente del peligro. Nos dormimos con estas tristes reliquias de religion, por decirlo así, como si ellas pudieran salvarnos del naufragio; y las obras Christianas que debieran ser la prenda de nuestra salud, vienen á ser motivo de nuestra eterna perdicion.

¡ Oh Señor! ilustrad á estas almas engañadas, si es que entre las piadosas personas que me escuchan hay algunas de este carácter: No permitais que la misericordia que liberta, que salva, que purifica, se mude nunca para nosotros en camino de perdicion y de escándalo. Defended Vos mismo de las ilusiones de la concupiscencia á una virtud, que tan amable nos han hecho vuestros santos libros; y al mismo tiempo que nos dáis un corazon misericordioso y compasivo de las miserias de nuestros proximos, dadnos tambien un corazon christiano, que no sepa, ni disimular, ni perdonar sus propias miserias.

No quiero hablar de la tercera regla, que consiste en cuidar de que no se halle ningun fin humano en la intencion, y que el fin de los hombres, oculto en lo intimo de nuestros corazones, y casi imperceptible á nosotros mismos, no nos haga perder en la presencia de Dios todo el merito de la misericordia.

Acabo solamente con decirnos con San Agustin: Aquí estais en la presencia de Dios, preguntad á vuestro corazon: *Ante Deum es, interroga cor tuum.* (a) No os pareis en la superficie de vuestros deseos, que os engaña no presentandoos cosa que no sea digna de alabanza; llegad á la raiz, sondead los caminos mas secretos, *intus vide,* (b) y mirad allí lo que hasta ahora habeis hecho, y quales han sido los verdaderos motivos,

(a) S. August. (b) Ibid.

por mas ocultos que estén en el corazon: *Vide quid fecisti, & quid appetisti.* (a) Mirad si las obras ocultas, que no tienen mas testigo que la invisible vista del Padre Celestial, despiertan tan vivamente vuestro zelo, como las públicas que están expuestas á la vista y alabanzas de los hombres: *Vide, &c.* Mirad si en aquellas cuyo resplandor es inevitable, os contentais con que se olviden de vosotras, con que os confundan con la multitud de las personas que en ellas se exercitan, y si se resfia vuestra caridad quando no os tributan los primeros honores: *Vide, &c.* Mirad si los piadosos ejercicios que el mundo reprueba os hallan con alguna indiferencia, y si apreciáis menos las obras que no tienen la aprobacion de los hombres: *Vide, &c.* Mirad si os mueve la felicidad que de ellas resulta; y si os valeis de vuestro ingenio para atribuir la gloria á los otros: *Vide, &c.* Mirad, finalmente, si solo tenéis presente á Dios en vuestras acciones, si en estas no haceis caso de los hombres, si estais igualmente contentas con que Dios sea glorificado, tanto con los oprobrios que padecéis, como con la fama que adquirís; si buscáis vuestra salvacion, ó una gloria vana: *Vide quid fecisti, & quid appetisti, salutem tuam, an laudem humanam.*

Gran Dios, exclama este Santo Padre, ¿ cuántas obras santas, con las que contabamos acá en la tierra, serán despreciadas algun dia, quando venga el Señor á juzgar las justicias? Quando creíamos parecer en su presencia con las manos llenas, ¿ cuántos frutos de caridad se hallarán inficionados por el oculto gusano de una vana complacencia? ¿ Y qué poco será lo que nos quede, quando dexandonos el Juez de nuestras obras por propias nuestras para toda la eternidad solamente las que hayan sido frutos y dones de su gracia, nos des-

(a) Ibid.


poje de todas aquellas que le pertenecen al parecer, pero que eran puramente de nosotros mismos? No creais, Señoras, que las reglas de la fé en orden á los oficios de caridad, que acabo de exponer, y que al parecer piden precauciones tan penosas, sean capaces de disgustar á las almas fieles de estos piadosos ejercicios. Al contrario, no hay cosa mas propia para mantener la virtud, avivar el zelo, y consolar la piedad y la misericordia; porque lo que yo digo es, que estos ejercicios santos son obligaciones: que no debeis mirarlos como obras de supererogacion; y que la misericordia es la virtud mas necesaria para los que nacen entre las riquezas: ¿Qué cosa mas persuasiva para animaros á que la ameis? ¿Por ser precepto de Jesu-Christo puede perder algo de su hermosura? ¿Puede ser menos amable á sus discipulos por haber sido la mas amada de su Maestro?

Lo que yo he dicho es, que las obras de misericordia deben ser los remedios diarios de vuestras quotidianas flaquezas: ¿qué cosa de mas consuelo se os puede decir, que el descubriros en estos religiosos oficios un nuevo manantial de merito, y unos tesoros ocultos que no buscan en ellos la mayor parte de los fieles? ¿Qué cosa mas feliz se os puede manifestar, que el enseñaros que estos oficios pueden servir de ejercicio á todas las virtudes que os faltan; que todos vuestros males pueden hallar en ellos su remedio; que la paciencia, la vergüenza, la humildad, la benignidad, el amor de la oracion y del retiro, si quereis, nacerán de la misericordia, y que en una sola obligacion de piedad recogeréis todo el merito de las demás?

Lo que digo por ultimo es, que es necesario tener presente á solo Dios en nuestras acciones, y no hacer caso de la aprobacion ó censura de los hombres. ¿Pero qué son respecto de Dios todos los hombres juntos para que el alma fiel haga caso de ellos? La estimacion de un
mun-

mundo que desprecia, de quien huye, á quien ha renunciado, ¿podrá parecerla digno premio de las acciones que pueden valerla una felicidad eterna? ¿Es acaso entibiar su caridad el enseñarla que el mundo entero no es digno de ella? ¿Que solo Dios merece ser testigo de las obras que él solo puede recompensar? ¿Y que para asegurarlas basta no buscar mas gloria que la que nunca ha de perecer? El espíritu de la ley no se opone á la ley misma. Quanto mas se adelanta en la verdad, mas se crece en la caridad: Quanto mas se conoce la ley del amor, mas se ama: el error pierde infaliblemente quando se le conoce bien, pero la verdad siempre manifiesta nuevos encantos: Quando la veamos como es en sí la amaremos sin tibieza, sin mezcla, sin rodeo, y sin inconstancia. Amen.





DISCURSO

DICHO EN LA CEREMONIA

DE LA ABSOLUCION,

HACIENDO PRESENTE EL FERVOR

de los primeros Christianos.

Rememoramini autem pristinos dies.

Acordaos de los primeros tiempos. *Heb. 10.*

v. 32.

NO sucedió en el nacimiento de la Iglesia, Católicos, lo que en el de las supersticiones y sectas. El origen de estas siempre tuvo en sí alguna cosa vergonzosa; como sus primeros principios fueron la soberbia y libertad, es preciso quitar el velo á aquellos primeros tiempos en que se establecieron entre los hombres; en ellas vemos presidir las mas vergonzosas pasiones al nacimiento de aquellas obras de tinieblas, darlas su forma, su aumento, y sus progresos; y semejantes á aquellos hijos desgraciados, que son el triste fruto del delito de sus padres, basta para cubrirlas de confusion el acordarlas su origen!

Pe-

Pero nosotros, Católicos, nosotros podemos decir con confianza; acordaos de los dias antiguos: *Rememoramini autem pristinos dies.* Las primeras edades de la Iglesia son las edades de su fervor, y de su gloria.

Acordaos de aquellos felices tiempos en que la fé, aun recién nacida, formaba tantos valerosos Martyres, tantos Penitentes austéros, tantas Virgenes puras, tantos Pastores fieles, tantos Ministros irreprehensibles: *Rememoramini autem, &c.*

Acordaos de aquellos siglos de oro, en que la Iglesia, animada aun con las primicias del espíritu que acababa de formarla, se manifestaba sin mancha y sin arruga; baxo unas exterioridades tristes y obscuras, brillaba con un resplandor celestial y divino; sacaba toda su magestad de sus oprobrios y trabajos; y aunque pisada de sus perseguidores, era con todo eso un espectáculo digno de los Angeles, y de los hombres: *Rememoramini, &c.*

Acordaos de aquellos gloriosos dias en que el Christianismo no contaba sino santos en el numero de sus hijos; en que sus mas fragiles vasos eran mas fuertes que toda la fortaleza de un siglo profano; y en que la fé entre los simples é ignorantes, formaba aquellos sabios y aquellos heroes que la Filosofia hasta entonces no habia hecho mas que idear ó prometer: *Rememoramini autem pristinos dies, &c.*

Acordaos de aquel primitivo fervor, en que la inocencia de las costumbres era, digamoslo así, el delito por donde eran conocidos los Christianos; en que solo eran sospechosos á los Tyranos, por parecer poco conformes con el mundo corrompido; y en que el huir de los públicos placeres era el solo indicio de que se valian para renunciar á los fieles: *Rememoramini autem pristinos dies, &c.*

Acordaos de aquel rigor de disciplina, en que las